

## Nota necrológica sobre Hidehito Higashitani (1939-2026)

José Pazó Espinosa

Departamento de Filología Española. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Autónoma de Madrid



<https://dx.doi.org/10.5209/mira.110387>

Para Hidehito, de J.P.E.

Fue una mañana o una tarde  
cuando de improviso me abrió la puerta,  
yo estaba en Kobe, la hora era muerta,  
pero aún en mi mente la imagen arde.  
Tan elegante el gesto y la sonrisa  
tan lleno de palabras exquisitas  
su porte eran presencias infinitas  
de inteligencia y límite a la prisa.  
Lo recuerdo ahí, sentado, sonriendo,  
fumándose la vida en cigarrillo,  
entre Japón y España siendo.  
De samurái discreto tuvo el brillo,  
de caballero, el alma y el atuendo,  
de su amistad aún me maravillo,  
Y a él rindo mi ser y lo que siento.



Figura 1. Hidehito Higashitani en Zaragoza, en su última visita a España.

El 29 de febrero falleció Hidehito Higashitani en su casa de Takarazuka, entre Kioto y Osaka. Conocí a Hidehito hace treinta y cuatro años, en la Universidad de Estudios Extranjeros de Kōbe, Kōbe Gaikokugo Daigaku. Yo acababa de llegar como lector extranjero invitado, dentro de un programa de intercambio con la Fundación Ortega y Gasset. El intercambio era de un año. Yo era en ese momento profesor asociado de la Universidad Autónoma de Madrid, un joven e imberbe docente recién doctorado. Antes de que acabara ese año, me ofrecieron y decidí aceptar una plaza estable de profesor extranjero en Kōbe, y renunciar a la plaza de Madrid.

Mi recibimiento inicial lo hizo en Kōbe otro profesor del departamento de español, Takashi Nishikawa, pero el lunes siguiente Higashitani *sensei* me esperaba en la sala de profesores. Es difícil transmitir las impresiones que su conocimiento me produjo: el profesor Higashitani destilaba una autoridad silenciosa, amable y silenciosa. Su español era magnífico, pero no era solo eso, había algo más en la cualidad o calidad de sus comentarios, en lo que decía y en lo que no decía. No necesitaba hacer alardes de su enorme conocimiento

de la cultura española e hispana, ni usar símbolos u obviedades. No, muy al contrario, su magnético poder venía de la discreción, de la sabiduría calmada, de la afabilidad y del silencio. Uno percibía enseguida que estaba frente a alguien muy especial, una persona dotada de atributos que todos queremos y que a casi todos nos cuesta obtener. Recuerdo esa primera impresión casi como una coreografía de la inteligencia. Me preguntó si estaba a gusto y, en algún momento de la conversación, si me gustaba jugar al ajedrez. Como le contesté que sí, me invitó enseguida a una reunión en su casa, el fin de semana siguiente, de jugadores de *shōgi*, el ajedrez japonés. Yo era aficionado al ajedrez, pero no conocía el *shōgi*, pero a pesar de ello fui allí, encantado y algo temeroso. En su casa, ese fin de semana, estaba reunida la plana mayor de los profesores de lenguas extranjeras de Kansai. Muchos de ellos eran ya mayores, y todos jugaban silenciosamente, sobre el tatami y frente a unos tableros bajos y macizos. Muchos fumaban, y algunos bebían algo. Hidehito me llevó hasta su tablero y allí recibí la primera clase de *shōgi* de mi vida. Luego me dejó libre, para que fuera pasando con rapidez de tablero en tablero y, por supuesto, fuera siendo derrotado por cada uno de los maestros a los que me enfrenté. Aquella primera ocasión supuso un rito que luego se iba repetir otras veces, casi siempre al final del curso académico japonés, por febrero.

Esa primera semana, recibí un inesperado regalo del conserje del edificio. El primer día de mi incorporación, se me acercó tímidamente antes de entrar en el ascensor que me conducía a mi oficina, y me dio una cajita *origami* de papel hecha por él. Al abrirla, había otra cajita dentro, y así sucesivamente más de quince veces hasta llegar a una cajita diminuta, una caja que no se podía abrir. Me dejó aquel regalo entre sonrisas *nikoniko* e inclinaciones de cabeza. «¿Qué país» pensé, «en el que el conserje de la universidad se preocupa en hacer un regalo a un recién llegado!»

En la universidad, los profesores teníamos una sala para tomar té entre clases, y muchos días charlaba allí con Hidehito *sensei*, informalmente. En esas conversaciones me enteré de que su familia era originaria de Wakayama y de que había estudiado la carrera de español en la Universidad de Estudios Extranjeros de Osaka. Luego viajó a España para doctorarse en la Universidad de Navarra, con una tesis en literatura española del siglo XVIII, el siglo de la ilustración, sobre Leandro Fernández de Moratín, en concreto. Y me di cuenta de que Hidehito había absorbido los principios de la ilustración igual o mejor que cualquier caballero y literato español del siglo XVIII. Su conversación era siempre amena, con múltiples referencias cultas y también populares. Su acento era magnífico y su léxico y gramática mejores que los de muchos hablantes nativos. En definitiva, uno se daba cuenta enseguida, al poco de hablar con él, que estaba ante alguien muy especial, con unas capacidades extraordinarias y una humildad y bonhomía del todo fuera de lo común. En esas conversaciones, supe que había entrevistado a Felipe González para la televisión japonesa, la NHK, con motivo de su victoria electoral, y que se había hecho amigo suyo (luego sería su traductor en la visita de Felipe González a Japón). En España, había conocido, y también se había hecho muy amigo, del músico y antropólogo musical Joaquín Díaz, al que visitaba en Urueña cada vez que venía a España. En definitiva, Hidehito Higashitani era no solo director del departamento de español, sino un auténtico embajador cultural de España en Japón. Dirigía el programa de la NHK de lengua y cultura española, programa que veían millones de japoneses. En esos programas, además de clases de lengua, había documentales sobre España, en los que él era el anfitrión, el guía de los televidentes por las ciudades y los campos de España. Un día aparecía en la televisión nipona hablando con un pastor de Zamora, y al día siguiente con la directora de algún museo provincial en Salamanca. Su popularidad en Japón era enorme, hasta el punto de que, un día que paseábamos por el centro de Madrid, en concreto por la Gran Vía, se abalanzó sobre nosotros un grupo de turistas japoneses, y le empezaron a saludar con interminables reverencias y a querer hacerse fotos con él. Su popularidad recordaba a la de las estrellas de la música o el cine, pero en este caso se trataba de un profesor de universidad. Japón siempre ha sido una cultura peculiar, en ese sentido. Baste decir que la primera edición de un libro de poesía, *El aniversario de la ensalada*, vendió más de un millón de ejemplares hace algunos años.

Además de Hide, estaba su mujer, ahora viuda, Yoko, a quien Hidehito había conocido en sus años de estudiante, y que es igualmente amante y experta en la cultura española. Yoko era el alter ego femenino de Hide, elegante, culta y discreta, además de cariñosa y cálida siempre, con amigos y extraños. Y sus dos hijas, Reina y Chaya, que en ese momento estudiaban ya fuera de casa, y que ahora están ambas casadas, y con vidas independientes en los Estados Unidos. En ese tiempo, yo acostumbraba a pasar el Bonenkai con ellos, y visitábamos algún templo budista para recibir el año nuevo de forma auspiciosa. Jugábamos a las cartas, al *shōgi*, y hablábamos de literatura y de lo divino y humano. En cuestiones japonesas, era un tutor ideal, siempre fino y agudo, y sus recomendaciones de lecturas o viajes siempre tenían peso y consecuencia.

Estando yo allí, en los años 90, escribió varios manuales de español, para la Universidad y para la NHK. En su formación lingüística era un estructuralista no confeso, siempre eficiente y dado a la norma ilustrada. Pero bajo su siempre amable sonrisa y su tono suave, se escondía un intelectual polifacético. También mientras estaba yo allí, vino un joven doctorando, Javier Rubiera, hoy profesor de la Université de Montréal, cuya tesis doctoral, en ciernes trataba de la Ópera europea y el teatro Noh japonés. Hidehito ni corto ni perezoso, le propuso que juntos tradujeran al español el *Fushikaden*, el tratado en el que Zeami, el padre del teatro Noh, desarrolla la poética dramática nipona más importante y seminal. El libro se publicó en la editorial Trotta, y es quizá el tratado de poética japonesa de más calado.

Unos años después, Hidehito pasó a ser decano de la facultad de español, director del instituto de investigación de la universidad y luego rector de la Universidad de Estudios Extranjeros de la Ciudad de Kōbe. Su paso por la gestión académica fue tan exitoso como por las otras facetas de su vida. Tuvo incluso cierta influencia en la introducción del fútbol en Japón, e hizo de traductor para entrenadores o jugadores en la

región de Kansai. Como siempre ocurría, se hizo amigo de Floro, exentrenador del Albacete y una de las primeras figuras españolas que recaló en el incipiente mundo futbolístico japonés.

Tras el año 1996, la universidad y la ciudad todavía estaban en fase de recuperación y reconstrucción tras el terrible terremoto de Kansai, el segundo en intensidad en Japón en todo el siglo XX, tras el de Tokio de 1923. El parón académico que pudiera haber ocurrido no se dio, y la universidad fue refugio de familias de profesores afectados. Luego, en los años de reconstrucción de la ciudad, hacía necesaria una mano flexible y a la vez firme al timón de la universidad, y Hidehito la prestó como siempre hizo todo, con discreción, inteligencia y elegancia. Y con un olvido generoso de sus intereses personales en pos del bien general.

Cuando tras cinco años después de mi llegada, le anuncié que volvía a España, lo sintió, pero no por eso cambió nuestra amistad. Cada vez que venía a la península ibérica, además de asistir a alguna reunión académica, le gustaba que hiciéramos algún viaje, que muchas veces era a lugares cercanos a mi paisaje infantil y familiar, o a otros cercanos a su paisaje español, Urueña, Navarra, Toledo, La Granja, Madrid, que también lo tenía. Recuerdo alguno de esos viajes en coche, al Sur de España, en el que Yoko, su mujer, también estudiosa del español y muy aficionada a la pintura, me iba pidiendo que parara el coche para tomar unos apuntes de un olivo, o de una vid, o de un majano en medio de un campo de la Mancha. Cada parada era un rito: Yoko insinuaba que quería parar suavemente, y yo le respondía que paraba encantado, pero ella entonces cambiaba y decía que no, que prefería no parar, aunque luego, tras un silencio y algunos movimientos de cabeza, lo pensaba de nuevo y murmuraba algo a lo que yo decía que paraba encantado, que por supuesto, y ella respondía que no era necesario, y cuando por fin concedía y afirmaba con cierta duda aún que, en efecto, quería parar, hacía minutos que habíamos pasado el motivo que quería pintar, por lo que teníamos que dar la vuelta (algo no tan sencillo si era en una autovía) para intentar acercarnos. Yoko sacaba entonces su cuaderno, un bote de agua, los pinceles y los pigmentos japoneses, y en unos minutos hacía un apunte encantador, con ese *wabi sabi* que inunda el arte nipón. Hidehito refunfuñaba un poco, de esa forma que en realidad es una forma cortés de excusarse sin necesidad de decir nada. Una vez terminado el dibujo, seguíamos la marcha hablando de cualquier cosa, hasta la siguiente parada.

Recuerdo también otro viaje a Galicia, con una de sus hijas, y de lo contentos que se pusieron cuando mi abuela, que había nacido en Tokio en 1909, les cantó nada más llegar a la casa entre los pinos y con el mar gallego de julio al fondo, una de esas tardes de sol dorado y viento del norte en las que la ría se tiñe hacia el Oriente de un azul oscuro particular, una canción de su infancia tókíota para ahuyentar los numerosos fuegos que en aquel entonces había en la capital nipona. Mi abuela la había estado rememorando y preparando desde hacía algunos días, y creo que estaba tan nerviosa como una niña que la hubiera tenido que cantar ante un público adulto. Para ella, con más de noventa años, los Higashitani eran, de alguna manera, una visita del pasado, como si la escena fuera una pieza de teatro Noh en la que tres criaturas vienen del más allá de su infancia para llevar a cabo un curioso rito de memoria y redención. O, desde el otro punto de vista, el de los visitantes, en otra posible versión, la historia de tres caminantes que encuentran en un bosque de Galicia a una anciana que vive en una simple casa de piedra junto al mar, rodeada de pinos y hortensias, y les desvela que, en realidad, no es quien parece, sino una niña del Tokio del final de la era Meiji. De alguna forma, quizá sin saberlo, mi abuela y los Higashitani, trenzaron dos obras de teatro Noh, haciendo de *shite*, *tsure* y *waki*, que se representaron ante mis ojos en la incipiente penumbra de la noche.

Por aquel entonces, se me ocurrió traducir *Botchan* al español, y Higashitani fue un maestro siempre cercano: corregía el texto, me hacía comentarios culturales y filológicos, y me guio por aquel bosque sin que casi yo me diera cuenta de que me guiaba. Yo creo que él, en el fondo, se reía de mis ocurrencias traductológicas, pero también que disfrutaba enseñándome ese raro arte de desentrañar textos japoneses. Como al fin y al cabo Hidehito era profesor, y yo también, y como su estilo personal no dejaba de tener raíces en Meiji, para mí siempre ha quedado su figura y su personalidad asociada a la de Natsume Sōseki. Si me hubiera dicho, a pesar de la imposibilidad cronológica, que Sōseki había sido su amigo, lo habría creído sin duda alguna, como el que cree que dos salineras de la playa de Suma actuales fueron amantes de Ariwara no Yukihira. Lo habría creído como la manifestación de una irrealidad trascendente.

En Madrid, continuó con sus visitas a la Fundación Ortega y Gasset. Su director en aquel entonces, José Varela Ortega, en ese momento director del periódico *El Imparcial*, le invitó a colaborar con artículos de Opinión. Hidehito aceptó el envite, y durante cinco años, de 2008 a 2013, fue publicando 101 artículos sobre las culturas japonesa y española. Su prosa, absolutamente personal resiste cualquier comparación con el columnista español más culto y atento a la actualidad. Su estilo es ameno, claro, y los temas están siempre tratados con imparcialidad e ironía fina. Al leerlos, uno pensaba que, más que por una pluma nipona, aquello estaba escrito por un ser galaico y aficionado a las capas de múltiples significados en el decir las cosas. Una mezcla de Larra y Cunqueiro, algo tan extraordinario como a la vez sencillo y fácil. Pero Hidehito Higashitani tenía esa propiedad, hacía fácil lo difícil, simple lo sumamente complejo.

David Almazán y yo, recopilamos esos textos, y los editamos en un volumen titulado «La flor del ciruelo y la rosa azul. Cartas de un hispanista japonés sobre la cultura y el mundo presente» que apareció en la Colección Francisco Torralba de las Prensas de la Universidad de Zaragoza en el año 2021. La razón de ese título es que, a pesar de ser artículos que nacieron con el objeto de ofrecer un punto de vista japonés a los españoles, acabó siendo el punto de vista del profesor Higashitani frente al mundo. Por sus columnas aparecen temas muy variados, españoles y japoneses (Hidehito tenía ese estatus de doble agente cultural), pero también europeos y mundiales. Su rango de intereses iba desde la literatura antigua hasta la tecnología actual, siempre con medida, con curiosidad y con espíritu amablemente crítico. David Almazán y yo clasificamos los artículos en cuatro secciones: «Las artes y las letras: de la prehistoria a Murakami», «Japón hoy: emperadores, liberales, futbolistas y robots», «Españoles en Japón: de los primeros misioneros a los turistas

actuales», «Japón y el mundo: de las bombas atómicas a la globalización». Estos son algunos de los títulos de los artículos: «La flor *ume*, presagio de la primavera», «El Genji cumple los mil años», «Kusamakura, el libro de cabecera de Glenn Gould», «Primera carrera de autómatas», «Los ainus, reconocidos como pueblo indígena», «Gonzalo Jiménez de la Espada, emisario cultural de primera categoría», «Barack Obama, ausente en Hiroshima»... La lectura de estos títulos nos lleva a sus preocupaciones y afanes: la música, la literatura, el arte, las tradiciones, la política (siempre desde una postura equilibrada), la técnica, entre otros. Se atrevió a hablar de la bomba atómica, ese atroz castigo que sufrió Japón y que todavía cuesta comentar porque, ¿qué se puede decir del horror? Hidehito, en ese y en muchos otros sentidos, vivió la vida con calma, pero con entereza, sin evitar lo doloroso, pero siempre con esa discreción que da el intentar comprender las cosas como primer objetivo de la vida.

En uno de esos viajes, Hidehito conoció a David Almazán y a otros profesores del grupo de Zaragoza y, de nuevo de forma discreta y amable, esa relación empezó a dar frutos. Fue invitado a hablar más de una vez, aunque su particular homenaje a Aragón y a España fue traducir *El Crítico* de Baltasar Gracián al japonés. Esta tarea le llevó años y no sé si le afiló el espíritu más, porque Higashitani *sensei* ya lo tenía afilado de natural. No sé cuántos españoles han leído *El Crítico* en su totalidad o, incluso concediendo, más de tres páginas, esas que se leen en los institutos y escuelas. Pero quien lo haya leído sabe que el libro de Gracián es un peso pesado de la prosa española, y de la literatura universal. Y un texto nada fácil. Durante esos años, fue puliendo, revisando, buscando significados e interpretaciones complicadas y oscuras de partes del libro, incluso de oraciones, como si estuviera resolviendo jeroglíficos abstrusos y polisémicos. Los japoneses son enormemente aficionados a los juegos de palabras, y allí dio Higashitani con la horma de su zapato. Creo que él disfrutaba de cada frase como si fuera un juego de *karuta* compuesto en una lengua extranjera. La labor de un buen traductor es siempre un ejercicio enorme de tesón y de humildad, y Hidehito fue un magnífico ejemplo de ello. Cuando publicó el libro en Japón, vino con él a España, a Zaragoza, y luego a Belmonte de Gracián, para hacerse una foto con el libro en el pueblo natal del autor. La gente de allí, al saber que aquel japonés esbelto y sonriente era el traductor de aquel libro que conocían de oídas, pero que en casi todos los casos no habían leído, querían hacerse fotos con él, igual que aquellos turistas en la Gran Vía madrileña. Hidehito producía ese afecto espontáneo en la gente: uno quería hacerse una foto con él porque, en el fondo, uno quería ser él. Y él dejaba que lo fuéramos, siempre con una sonrisa y una palabra escueta pero cargada de sentido.

Tras el *Fushikaden* (que fue una traducción del japonés antiguo al español), tras Gracián (que fue una traducción del español antiguo al japonés), tras los artículos (que fueron casi un ejercicio de redacción propia, cuidada, y hecha sobre todo para cualquier lector de prensa), Hidehito me propuso traducir juntos al español el tratado llamado *Ha Deusu*, una refutación de Dios, del renegado Fabián Fukan. Hablamos con la editorial Satori, y se mostró encantada de publicarlo. Luego, a ese tratado se fueron añadiendo otros más breves que lo completaban, hasta el punto de que el libro todavía está en prensa, pendiente de recibir su bautizo y ser lanzado a las prensas de forma póstuma. Pero esa tarea común sirvió para comenzar unas reuniones los sábados o domingos y crear una rutina que pronto se vio ampliada. No recuerdo cómo surgió la idea, pero un buen día, entre Hidehito Higashitani, David Almazán y quien esto escribe, surgió la idea de traducir teatro Noh, pero no una obra, sino toda la obra de Zeami, y hacer con ello una colección inédita en español. Se lo propusimos también a la editorial Satori, y aceptaron sin pensárselo dos veces. La traducción de *Ha Deusu* había tenido un claro esquema teatral Noh: un *shite* (protagonista) que era Hidehito Higashitani, y un *tsure* inexperto (un actor secundario acompañante del protagonista), yo. En el caso, sin embargo, de las traducciones de teatro Noh, me atrevo a decir (pensando que David Almazán estará de acuerdo) que, Hide era el *shite* indudable, y nosotros dos éramos dos *tsure* y, muchas veces, dos *ai-kyogen*, dos torpes actores cómicos que no hacían otra cosa que crear problemas. La calma de Hidehito era infinita, su sentido del humor, portentoso; y su trascendencia invisible pero efectiva. Su obsesión, si es que había alguna, era ser fiel al texto original, pero a la vez que el lector español comprendiera y pudiera apreciar la belleza de esos textos poéticos y concisos. Aunque estábamos en el reino del Noh, la sombra de Gracián con su gusto por la concisión, la precisión y los juegos de ideas y palabras se hacía presente en esas traducciones, de forma natural y a la vez extraordinaria.

Durante tres años, para mí, la cita del fin de semana era Hidehito. Casi siempre, nos saludaba al comienzo de la reunión por internet su mujer, Yoko, quien nos mostraba su última lectura o su último artículo sobre Hideyoshi o sobre el castillo de Azuchi, o simplemente nos relataba alguna exposición que había visto en Kansai, o celebraba el nacimiento de las flores *sazanka*, camelias blancas, de su jardín. Hide la escuchaba siempre con atención, añadiendo algún dato si era un asunto común a los dos.

Las tres primeras obras que traducimos, o mejor dicho, que él tradujo y nosotros comentamos, fueron *Matsukaze*, *Dojoji* y *Ataka*. Luego siguieron once más. La rutina de la traducción la guardábamos con el celofán de la amistad, y todo el mundo, familia y amigos, me preguntaba con regularidad por Hide, como le gustaba presentarse en España a la gente más cercana, porque Hide formaba parte, sabían todos, de la cotidianeidad. Cuando todavía viajaba y venía al campo, a los predios familiares, a El Chopillo, Hide hablaba con los trabajadores del campo, como uno más, a pesar del fuerte acento local murciano. Lo mismo ocurría en Galicia o allí donde fuese. Al principio se extrañaban de que un japonés hablara español con la naturalidad con que lo hacía. Pero, al cabo de unos minutos, sus interlocutores lo habían olvidado, y Hide era uno más.

Japón es siempre una experiencia personal particular para quien se acerca a él. En mi caso, Japón ha tenido siempre algo «numínico», ha ido de la mano de la revelación interna personal. En cierta forma, yo no he conocido Japón, sino que me ha sido dado, y yo lo he recibido como el que recibe un regalo inesperado. Un regalo, hecho como la caja que recibí la primera semana de mi llegada por el amable conserje de

la universidad en la que una más grande escondía otra más pequeña, y así sucesivamente, hasta llegar a la más diminuta. En esa caja minúscula, allí donde paradójicamente se guarda lo más valioso, la que no se puede abrir, en ella estaba y está Higashitani *sensei*, en forma de pino, de palabra y de sonrisa, en forma de gesto ante la vida. Su memoria, como el eco del coro cuando sale de escena el *shite*, el protagonista de la obra de Noh a la que hemos asistido y se desliza suavemente por el *hashigakari* hacia el más allá, presencia ya inasible del ser principal de la representación, perdurará en nosotros.



Figura 2. Tokonoma de la casa de los Higashitani en Takarazuka, prefectura de Hyogo, con una caligrafía de Yamamoto Isoroku 山本五十六<sup>1</sup>

### Nota biográfica de Hidehito Higashitani

Hidehito Higashitani nació en diciembre de 1939, en la villa de Futami de la Provincia de Mie, Japón, siendo el segundo hijo varón del matrimonio formado por Isamu Higashitani, profesor del Instituto, y Mine Yamamoto, maestra de la escuela primaria. Su padre era, como al propio Hidehito le gustaba relatar, poeta dominguero «bastante bueno» en sus palabras de *waka* o *tanka*. Su madre era poetisa de *haikai* y pertenecía a una asociación de aficionados al haiku que se reunían con asiduidad.

En 1945, tras el final de la segunda guerra mundial, la familia se traslada a la ciudad de Matsusaka, en la misma provincia de Mie. Allí, Hidehito ingresa en la escuela pública primaria de la ciudad.

En abril de 1953, comienza a emitirse por la Radio Nacional Japonesa NHK un nuevo programa educativo que incluía un Curso de Lengua Española. Por pura curiosidad, Hidehito empieza a escuchar el programa, y se siente muy atraído por la lengua y la cultura españolas sobre todo por sus características peculiares en cuanto al concepto de vida y la forma de pensar tan distinta a la de otros países europeos y a la de Japón.

En abril de 1957, abandona la casa paterna para comenzar la carrera universitaria en el Departamento de Filología Española de Osaka Gaikokugo Daigaku (Universidad de Estudios Extranjeros de Osaka, actual Universidad Nacional de Osaka), donde empieza seriamente los estudios sobre la lengua y cultura españolas.

En marzo de 1962 se licencia (hoy diríamos que obtiene el grado) en Lengua y Cultura Española por la Universidad de Estudios Extranjeros de Osaka, con su tesina escrita en español titulada «Don Juan Tenorio y su errónea interpretación» galardonada con el Premio Extraordinario ofrecido por la Embajada de España en Tokio.

En abril de 1963, tras ser elegido como becario del Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno español, pisa por primera vez la tierra hispana. Primero en Madrid y luego en Universidad de Navarra (Pamplona) donde cursará sus estudios en el curso de doctorado bajo la dirección del Prof. Rafael Benítez Claros.

En junio de 1967, se doctoró por la Universidad de Navarra con la calificación de *Sobresaliente cum laude* con la tesis titulada *El teatro de Leandro Fernández de Moratín* y permaneció después en España hasta marzo del 1969.

<sup>1</sup> 青宵聳出玉芙蓉/雲遠山腰恰似龍/莫神国無双嶽/大翼中第一峰. Siguiendo la traducción libre de Yoko Higashitani, el poema en español se leería como: *En el cielo azul, el Monte Fuji se yergue majestuoso. / En sus laderas, las nubes se arrodillan como dragones. / El Fuji es la montaña más alta e incomparable / del país de los dioses.*

En abril de 1969 la Universidad de Estudios Extranjeros de la ciudad de Kōbe le ofrece un contrato como Profesor de Número con categoría de Lector que él acepta. En 1970, se convierte en Profesor Asistente, y en 1979 alcanza el grado de catedrático

Durante más de diez años (de 1980 a 1991), trabaja —compaginando esta tarea con su trabajo propio de profesor de universidad— en un programa semanal de la Televisión Nacional Japonesa NHK sobre la lengua y cultura españolas.

Hace constantes viajes por España aprovechando las vacaciones de verano y de primavera para rodar con el equipo técnico de NHK por toda la geografía española.

En 1992, es nombrado decano de la Facultad de Español de Kōbe Gaikokugo Daigaku, y en 1995 Director del Instituto de Investigaciones de la misma.

En abril de 1999 es elegido Rector de la misma, cargo que ocupa durante seis años hasta junio del 2005, cuando pasa a ser catedrático emérito de la misma Universidad)

De abril de 2006 hasta marzo de 2011 trabaja como Catedrático de la Universidad Dokkyo de Himeji.

En el año 2011, se jubiló de todos sus cargos oficiales y se retiró en su casa de Takarazuka junto con su mujer Yoko.

Era Socio de Honor de la Asociación de Estudios Japoneses en España.

En marzo de 2026 falleció en su casa de Takarazuka rodeado de los suyos.

H.H.